

TRINCHERAS DEL ESPÍRITU

Enrique González Rojo Arthur

2010

UN AFÁN

**La sorpresa, la encrucijada,
la amenaza dejando su escondrijo,
el farol que se funde y en tronido de chispas
convierte la calle
en lóbrego escenario,
son las armas perfectas
para obligar a la inocencia incauta
o al hombre distraído
–con la cabeza en las nubes
de su propio cerebro–
a escoger entre “la bolsa o la vida”.**

**Por contra, el afán de *tener*,
de colmar los huecos de las manos,
cercar el oxígeno, vender suspiros
al mayoreo,
comerciar con las miradas, los sollozos
o la virginidad del alma,
u obtener, como herencia,
latifundios de luz, acciones del fondo del mar
o predios de firmamento,
es peor que el revólver, el fusil o el puñal
que siempre conjugan sus verbos
en primera persona,
más que el cruce de caminos donde se esconde
la sorpresa delincuente,
más que el cuchillo, afilado
para que se le abra el apetito.**

**No hablo del niño que *posee*
el refugio de carne y terciopelo
de un regazo,
que está siempre a dos senos
de temperatura, para que él,
en unidad perfecta,**

**se acurruque en su dicha;
ni de la mujer que escribe,
tras repasar su colección de sollozos,
una secreta carta de amor a *su* deseo,
y que sale a la calle
llevando, temeraria, a lo prohibido
de la mano
y apresando en la frente
la paloma sin alas del secreto.
Tampoco hablo del varón,
que *tiene* una bufanda
–como tibia cascada de ademanes maternos–
para amordazar al frío
y proteger el cuello de toda ráfaga
de pájaros helados.
Ni del sediento que,
portador del vaso que levanta,
y hallándose a un camello solamente
del oasis,
brinda en medio del desierto
por el agua bendita, por un agua
que al igual que la sed
le pertenece.
No estoy hablando, no,
de la fortuna de minutos, horas, años,
que amasan *nuestras* respiraciones
a lo largo de la vida.
Ni del poeta que elabora *sus* obras,
su antología de huellas digitales,
sus rimas que copulan en la lengua,
con las mil variaciones
de la canción de cuna
que, rechinando, le cantó la cuna
desde recién nacido.**

**Hablo de ese grupo de hienas,
muertas de hambre y de risa,
que, paladeando sus bajos instintos**

**(con sabor a destrucción
y sangre derrotada),
sueñan con banquetes de inmundicias
o paraísos de carroña;
digo del asco que nos despierta lo que sucede
ante nuestro asombro
parpadeante y desorbitado
o en las alcantarillas malolientes
de los discursos,
las apariencias,
la vida maquillada por una hábil
promiscuidad de olores.**

**Hablo del afán posesivo
con exceso de zarpas
y sin riendas. O de los que,
en su delirio de apoderamiento,
no sólo van tras los consabidos bienes
de un rascacielos, un yate, una playa,
la veta fácil, sin prejuicios virginales,
de la caja fuerte,
o un helicóptero para los días de campo,
sino tras ciertos refinamientos como:
el becerro de oro
con incrustaciones de Dios,
mujeres con piedras preciosas
en lugar de pezones
o un centro turístico
en la parte oculta de la luna.**

**Hablo, para decirlo pronto,
de los dedos, y su imán antropófago, que saquean
los colmados graneros
de aquello que es de todos,
como el aire, la gleba, las hectáreas
movedizas de mar
o la cuota de misterios
que carga cada quien sobre los hombros.**

**Hablo de algo que nace
en el interior de la criatura,
a la sombra de sus órganos internos,
y que deja oír su voz
–con lejanía de entraña
y mordaza de sordina–
en las venas y arterias
donde corre el aullido de la sangre.
Es como un deseo,
como una sed –ya líquida– por algo,
como un “querría que”,
un “no podría vivir sin”,
o un afán incontrolable
con las facciones y ademanes evanescentes
de un impulso..**

**Ahí nace
y una vez que ha nacido
nadie –ni el dedo pulgar de Dios
puesto hacia abajo–
puede borrar en su acta de nacimiento
las letras de su nombre.**

**Nace, e impele al individuo
a asir las cosas más disímiles
–conejos, resorteras,
pelícanos bebés,
sombrosos de alas anchas–
con manos muertas de hambre.**

**¿Que al hablar de todo esto,
las cosas se complican y aun se enturbian,
como el agua de la fuente, casta a ratos,
que cede a los requiebros
seductores del polvo?**

**¿Que entonces pareciera no existir
una espada capaz de deshacer
el cáncer en *crescendo* que se oculta
en el nudo gordiano?**

**Sé que, después de denunciar
lo que somos,
se nos puede calificar
de criaturas deformes,
incurables,
con malhechras de fábrica;
enfermos que padecen
no sólo de la angina de pecho de lo efímero,
y de un cuerpo encorvado por el peso
de sus canas,
sino de lo que podríamos llamar
–agarrando al vuelo con audacia
el precioso vocablo de lo exacto–
el *morbo apropiativo*,
hambre descomunal por todo lo apropiable,
–cosas, ideas, gente–
hasta colmar las arcas construidas
por el deseo en llamas de las manos.**

**Sé que pasarán años,
qué digo años, siglos
para que nosotros, hombres y mujeres,
logremos escupir
el bocado feroz de los gruñidos
que hacen en nuestra boca
su eterna madriguera.
Años, décadas, siglos,
si es que el planeta que habitamos
continúa,
si logra poner a salvo sus innúmeras
porciones inflamables,
si no acaba por volverse la infernal maquinaria
presta a incinerar el menor indicio
de existencia.**

**Allá, por la jungla,
se pueden hojear capítulos enteros
de la zoología.**

Todos los animales

**-el jaguar, el venado,
la araña balanceándose en los hilos
que bajan de la luna,
el antílope,
la manada de elefantes,
el orangután que se encuentra a dos milímetros
de dar de pies a boca con la primer pregunta-
todos, repito, se hallan dedicados
a la acuciosa tarea
de sobrevivir,
de rumiar el oxígeno,
de colocar entre el nacimiento y la muerte
todo el coraje,
la astucia,
la delicadeza,
requeridos
para ocupar el hueco personal en el espacio
y el convoy de minutos en el tiempo
que les corresponde.**

Nuestra alma

**también es una selva minúscula,
zoológico a la medida
de la entraña,
donde una bestia que se hallase
enamorada de los crepúsculos,
las mariposas, el olor de la luna,
y fuera al mismo tiempo
mortal enemiga de sus garras,
sería una excepción ganada por la rebeldía
o una pieza de museo.
Aquí, los animales feroces
no dan tregua a su saltar
del rugido a la mordida,
del cascabeleo al envenenamiento,
de la amenaza silenciosa
al terror de la presa**

que corre a refugiarse en el aullido.

**Empujado por alguno
de los animales hambrientos que silenciosamente
merodean en su interior,
cada persona querría
llevarse, bajo la axila,
los mejores crepúsculos
para adornar las paredes de su casa,
confiscar manantiales, ríos, lagos
que esconden entre sus piedras
menudencias de cielo;
cada persona querría
arrebatar, con un zarpazo,
trozos de mundo, esquirlas de estrellas,
los pedazos del infinito
que estén más a la mano.**

**Las más de las veces
no es posible adquirir
lo que se ansía:
los fuegos de artificio
que tienen en la fiebre sus raíces,
porque otros se adelantan
y arrojan las redes de lo *mío*
para pescar lo ajeno.
Y entonces el empeño o el delirio
retorna, resignado,
a la sala de espera,
o de plano enmudece
como la llave de agua
que se muerde la lengua
y conserva tan sólo
un sonido de letras goteando.**

**Pero quizá las bestias
–las que corren por la jungla
o las que rugen en sordina en nuestra carne–**

**puedan ser domesticadas,
si encontramos un látigo que sepa
hablar en su lenguaje.
Tal vez tarde o temprano,
hemos de volver los ojos
a nuestro propio cuerpo,
y hacerlo como lo hace el domador
en la jaula de leones:
cargando un revólver, una silla, un fuste
y una temeridad que le pise los talones
a la gloria.
Tronaremos el fuste
y le diremos a nuestros instintos:
“Quieto. Quieto.
Salta hacia allá. Deja este sitio.
Abre las fauces, muestra
la inofensiva mueca del bostezo.
Calla. Que el silencio
sea como una piedra que cierra tu garganta”.**

**Las bestias ¿podrán ser domeñadas?
¿Llegará el día en que el domador
abandone la jaula, convencido
de que todos los leones o buitres
o chacales
de su fuero interno,
escucharon al fin los rugidos de su látigo,
le volvieron la espalda a sus afanes,
enfundaron su artillería pesada,
y, confundidos con su propio silencio,
dejaron finalmente su inmemorial oficio
de devorarse al hombre?**

**Yo, tú, nosotros nos vemos obligados
a erguir una vez y otra vez esta pregunta
–con la boca golpeada por el viento
y trozos de palabras
buscando la salida en la garganta–**

**en medio de la perenne tempestad
y el amasijo de contradicciones
del devenir humano.
Pero sólo la historia,
con la voz, hoy ahogada en lo lejano,
del futuro,
ofrecerá algún día la respuesta
a los oídos sintonizados
en el advenimiento del misterio.
Este dolor, que va desde la entraña hasta la lengua,
nos exige sacar a la intemperie
la pregunta,
ventilarla,
hacer que fraternice con la atmósfera.
Por eso es necesario preguntar y preguntar
aunque despellejada quede
nuestra lengua.
Por eso estoy aquí, rugiendo versos,
y un signo de interrogación en cada mano.**

BAJAR DE LA TORRE

**Como los árboles,
las torres de marfil
se rodean de pájaros
que, en ráfaga de puntos inestables,
brotan de las ventanas,
los tinteros, la jaqueca creativa;
unos, se desbordan a sí mismos ante el atril
de su pasión melómana,
otros, flautas de pico que desgañitan rezos,
paladean las corcheas
de su melodía.
Todos, en su aleteo,
corren a picotear
los puntos de la atmósfera
donde hay cantidades infinitesimales
de eternidad.**

**Poeta: con tu fardo de emociones al hombro,
y tu mochila repleta
de puntos, comas, borradores y suspiros,
desciendes de la torre,
te descuelgas del firmamento,
como se fueron desgajando los antropoides
de los añosos árboles
de la genealogía.**

**Sediento de intemperie,
de besarle al oxígeno la boca,
bajas, te dejas caer del infinito,
y sientes a tu espalda, desvaneciéndose,
la pálida silueta de la lira
que creía saberse la tonada
sin principio ni fin
de lo absoluto.
¿Por qué descienes, dime,
de la torre?**

**¿Acaso no te hallabas disfrutando
del más aterciopelado hueco
de la felicidad,
o apoltronado en el regazo
de la más mullida de las musas?**

**Allá se escucha el viento tarareando
(en pianísimo de brisa)
la música para infinito solo
de los astros.**

**Allá, cada una de tus palabras
se pasa el santo día
mirándose al espejo,
buscando su mejor ángulo,
su vocal más juvenil y llamativa.
Allá los adjetivos van regularmente
al salón de belleza.**

**En la torre puedes admirar
cómo en la punta de tu lápiz,
las rosas,
en delirio apoteósico,
dejan de ser botón de muestra
de lo efímero,
y se dedican,
en floral aleteo de ave fénix,
a encarnar las posturas diferentes
de la perfección.**

**Arriba se organizan concursos de belleza
para letras o sílabas,
pasarela de epítetos,
galerías de frases ingeniosas,
masacre de lugares comunes.
¿Por qué descienes, dime,
del olimpo?**

**Abajo, en el tráfigo
del mundanal ruido,
te yergues a dos pies,**

**emprendes en derredor de la torre
tu primera odisea,
sabes que cualquiera manzana
se halla sólo a un diente del atrevimiento,
o al alcance seductor de un apetito
que, al dejarla desnuda,
arropada tan sólo de dulzura,
descubre ya la carne femenina.**

**Bajas de la torre
de marfil o de Babel. De aquella
que en cada sala tiene
hombres atragantados de decires,
con un pájaro muerto en la garganta
y un diálogo nervioso de silencios
en diferente idioma.**

**(La Torre de Babel era en verdad
un aeroplano descompuesto.**

**Frente al cielo inaccesible,
se hallaba muerto de hambre,
famélico de estrellas
y enfermo de las alas).**

**Bajas de la torre
y das de pies a boca con las palabras,
las ves con nuevos ojos,
tu paladar empieza a deletrearlas.
No puedes explicar de dónde surgen,
qué diccionario las espolvorea por doquier
o que deidad se empeña en enredarlas
a tus suspiros.**

**Pero algo es evidente:
cada cosa dice su nombre en voz baja.**

**Yo soy un charco, murmulla
un pedazo de cielo arrepentido.**

**Yo soy una ventisca, dice el fantasma helado
que deambula en la calle.**

Yo me llamo silencio,

**dice, contradiciéndose,
el silencio.**

**Abajo, en la tierra,
cuando arrojas tu red de miradas
a nominar el mundo,
y a decir quién es quién
en la noche en que todos los gatos
no atinan a maullar sus diferencias;
cuando pasas lista a los colores,
y saludas de mano al mundo externo,
hay brochazos de luz
-que se escapan de las rendijas del ocaso-
para combatir los rincones redundantes
de la noche
o destruir la miopía que no posee más mundo
que el ubicado entre la persona
y el exacto lugar en que el afuera
yergue su puesto fronterizo.**

**Aquí, como arriba,
el poeta lleva sobre las sienes,
como aureola de espinas,
la inspiración y su cerebro en llamas;
mas ahora las palabras no se muerden las letras,
no se pierden en el laberinto del significante,
no le hacen concesiones al silencio:
y si buscan los capullos de las sugerencias,
las torres de babel de las exageraciones,
la cierta aunque mentida identidad
de las metáforas,
o las ciudades invisibles con que logra la poesía
torcerle el brazo al tiempo,
es que se juran a sí mismas
que en ellas siempre esté, grite que grite,
el pequeño, indispensable, deliberado altavoz
de su sentido.**

**Aquí los charcos en rebeldía de tu tinta
(más esperma que lágrimas o sangre,
porque al nacer se encuentra embarazada
de la mitad del mundo),
aquí la tinta, digo,
en unión de la goma de borrar
con su dedo en la boca,
y del haz de vocablos, imprecaciones, poemas
donde la honradez
se halla como pez en el agua
(que tiene de pecera
su propia transparencia),
te incitan a cantar a voz en cuello
sobre todo lo habido y por haber
en la vida cotidiana de la tribu:
lo mismo de las ansias que nacen a su asfixia,
del muladar de sueños
en que nos revolcamos,
de los licántropos que claman al vacío
con voz enronquecida
y dolor de garganta
de tanto sentirse parte
de sabe Dios qué todo,
que de la prosa que aplasta a la poesía
en toda flor que empieza a marchitarse.**

**Arriba, cantabas,
y la música servía para narcotizar
el ramaje, movido por el viento, de los nervios,
para asear los vocablos
y que se hallen
sin el menor rastro de pólvora,
para adormecer los puños
con canciones de cuna.
Ahí los labios de tinta de tu musa
se esforzaban por hallar
las pepitas sonoras que los dioses
musitan al oído de los dioses.**

**Arriba, le doblabas el brazo a la palabra
para que no dijera, no,
lo que, desde su entraña, dice siempre.**

**En lo alto de la torre, los poetas
saborean las letras enmieladas
de sus futuras silabas.
Espolvorean oro en sus estrofas.
No coleccionan timbres, ni monedas,
ni siquiera sonrisas de la mujer amada,
coleccionan imágenes nacidas
a los pies del infinito,
coleccionan las mil y una maneras
de estar fuera del mundo.
Ahí, los poetas
con su albañilería de sílabas,
construyen lagos, espejos, ríos,
donde puede
asomarse una vez y otra vez
su narcisismo.**

**Abajo, buscas las palabras en los matorrales,
en la herida sin la costra del consuelo,
en las hojas caídas,
en la piedra agazapada en su dureza,
en el milímetro de aire tembloroso
del colibrí,
en el topo que busca a tientas la salida
de su propia ceguera,
en la guacamaya que mantuvo,
dicen los que saben,
quién sabe qué amoríos con el crepúsculo,
en las palomas mensajeras de alas rotas
como epístolas que se hallan
sin el sello postal
de su destino
o en la tos purulenta de una vieja
que jadea su angustia**

agarrada a dos manos de la vida.

**Aquí, cuando alguien te habla del futuro,
y te dice que viene como alud cayendo de las sierras,
levantas junto a ti
barricadas de puños y de sueños,
pones de centinela algún furor antiguo,
y sientes en tus pies el hormigueo
de seguir adelante.
No subes a la torre
donde los poetas
dedican todo su tiempo
a ocultar la cuna y el sepulcro
de todo lo que dicen.
En lugar de ascender
al último piso de la torre,
subes hasta el crestón de la colina
a darle rienda suelta a tus miradas
y a deshojar la margarita
de la brújula.**

**Aquí, abajo, el canto tiene que ver
más con las entrañas nihilistas de la pólvora
que con la rima.
Más con el poner el dedo en la llaga
de alguna de las muchas enfermedades de la tribu,
que con la obsesión
de que no haya asonancias internas
en el canto del cisne.
Más con la iracundia que se levanta en armas,
corta cartucho,
y salta de las rodillas a los puños,
que con el artífice que pergeña sus cantos
con la lengua enharinada de cultismos
y el ábaco de sílabas
que se encuentra en sus dedos.
Más con el afán sin riendas de buscar otro sol,
otro mundo, otra atmósfera**

**que acabe flotando en el asta del ideal,
que con las palabras sin sentido
que, en el campo de exterminio de la retórica,
hacen desaparecer al hombre,
convirtiéndolo tan sólo en una nota
al pie de página,
no dejándole más espacio para ser
que el, invisible, del “hallarse entre líneas”.**

**Abajo, poeta, sabes
que a tus espaldas dejas, para siempre,
las canciones de ritmo culterano,
el silencio marmóreo de la estatua,
la pureza que inmola en sus recintos
todo indicio de vida.
Abajo, a la intemperie,
en el trajín de todos los días,
tus pulmones se vuelven
ríos, buques de guerra, llamaradas de versos,
trigales de puños en alto,
dragones con todas sus palabras incendiadas...
En tierra el canto es libre,
sin vocablos que inclinen la cerviz
ante el emponzoñado culebreo
del mandato.
Aquí ningún poeta sufre
la invisible, incipiente y progresiva
autofagia de morderse la lengua.**

DEMIURGO DEL CAOS

Casi recién nacido

**–cuando paladeé, en pequeños sorbos de aire–
el sabor a vida del oxígeno-,
me di a destruir con toda mi alma
y a tarascadas de corazón
cuanto se hallaba al alcance de mis manos.
Casi recién nacido.**

Mi delirio era romper

**–“hacer trizas”, dicen con tono de confesión,
mis bajos instintos–
todo lo susceptible de ser desgarrado, disminuido,
convertido en reguero de minucias,
lo mismo los osos falsarios con pestañas de tinta
y corazón de peluche,
que los trástulos para los dioses niños,
juguetes que jugaban, a ser indestructibles.
Mi delirio era romper,
encarrilar las cosas a la nada,
todo lo susceptible de ser desgarrado,
disminuido.**

Desde niño, deleite

**mayúsculo de mis dedos
era romper el rifle de cada uno
de mis soldados de plomo
(los intuía copia en miniatura
de los guardias del orden, y enemigos
de toda libertad que, en eterna claustrofobia,
no desea más cárcel
que la cárcel azul de la intemperie);
machacar con un mazo los relojes
(en vecindad ruinosa con el pulso)
para que el tiempo
–el hoy en que vivimos–**

**saliera de la máquina destruida
junto con los resortes, ruedecillas
y tornillos;**

**dar navajazos al trompo y a los círculos concéntricos
que se le enredan en el cuerpo
como invisible traje
de bailarina;
destrozar, en fin, cualquier objeto
orgullosamente ensimismado en su unidad
hasta volverlo
rompecabezas de añicos,
galerías de polvo.**

**Lo que más me repugnaba de las cosas
plenas, repletas de sí,
que hacen votos de identidad,
es la sensiblera actitud del todo
de cuidar a sus partes, como la gallina
cuida a sus polluelos.
Lo que más me repugnaba de las cosas.**

**Y cuando, como si no hubiera
accidentes en el mundo,
algo paseaba frente a mí
desfachatamente, con cara de orden natural
e ínfulas de cosa indestructible,
improvisaba un puntapié,
transformaba a cualquier piedra del camino
en paloma mensajera de mi furia
o le daba rienda suelta a mis dos puños
para otorgarle al caos (mi deidad)
otro ínfimo suburbio en el espacio.**

**Mi placer mayor era romperlo todo,
casi todo, y que mis manos,
después de cada una de sus proezas,
quedaran ensangrentadas,
con mechones de tormenta entre los dedos,**

**Yo querría, posteridad, que me recordaras
como alguien que, rompiéndose la cabeza imaginando
cómo producir las más refinadas destrucciones,
era especialista en catástrofes al menudeo,
epicentro de temblores de tierra que, en agrietando
el muro de las supersticiones,
generara en él la náusea en que se forma
la bendita catarsis del derrumbe,
o que me vieras, por lo menos,
como hacedor de algún crimen perfecto,
sin fe de erratas, hermano del milagro,
surgido de las manos iracundas
de un soñador guerrero.**

**MI especialidad: hacer añicos
aquellas esperanzas
que, midiendo lo que mide
lo posible, construyera su guarida
en lo más desteñado de lo verde.**

**¡Ay las patéticas mejoras
que ocultan con brochazos de pintura
la putrefacción de un cáncer
*en crescendo!***

**¿Ay las seguridades que se mueven
en la tierra movediza
de sus pies de barro!**

**Digo una cifra:
arrojé a un tonel sin fondo
–que tenía por base el infinito–
el 80% de mis más impotentes alaridos,
le corté la lengua a mis vocablos
y, desde la trinchera
de una fe de de erratas,
me desdije de todo lo que no es
la bendita presencia de la pedacería.**

**¿Cómo serían mis memorias
si estuviera dispuesto a pergeñarlas,**

**a cercenar partes y más partes
de mi cuerpo o a excavar en mi carne
las más oscuras confidencias?**

**¿Serían la biografía
de un hacedor de entuertos,
un programador de delicadas destrucciones,
la crónica puntual de un chivo
en cristalería, los recuerdos (adelgazados
hasta andar por ahí siendo suspiros)
de un huracán
encerrado a piedra y lodo
entre cuatro paredes?**

**A pesar de mi pasión,
las virtudes destructivas de mis ansias
están a una efímera flor de marchitarse,
a un manotazo de la nada
de morder el polvo;
se están secando lentamente,
como la llave que, tartamudeando,
mezcla sílabas de agua
con bocanadas de silencio.**

**Pero aún conservo algo de león envejecido
(que rúbrica su cólera
con algún atrevido zarpazo de peluche),
algo de ángel rebelde
(apoltronado en su fatiga),
algo de coloso (con amnesia
de sus pies de barro),
algo de escritor furibundo
(presto a abrirse las venas
con la esperanza de producir
una descomunal
hemorragia de tinta).**

**Mi puño en alto empieza,
desvergonzadamente, a desmayarse.**

**Los impulsos se pudren sin decoro
en la más mullida parte del desgano,
y el corazón se niega,
en medio de la carne silenciosa,
a tomar la palabra.
Algo conservo, sí, de león envejecido.
Mas no dejo de observar
con furor y miradas de verdugo
la entereza,
lo compacto de las cosas
que corren a mezclarse
con las ansias de eternidad
que carga en sus entrañas el granito,
los prejuicios que quieren ser estatua
en musculoso embate contra el viento,
la lentitud leprosa de los calendarios,
la infamante parálisis del mármol.
Y sueño con dar escopetazos
a todo delirio de perpetuidad
que brota del averiado cuerpo
del reloj enloquecido.**

**Oh demiurgo del caos, ya no sabes
arañar las paredes, amenazar
la insoportable petulancia
de lo sólido, agrietar convicciones,
echarle leña al fuego de lo efímero.
Ya no sabes.
Oh juventud perdida en el suburbio
de un minuto cualquiera,
no tengo ya más forma de destruir
trozos de mundo,
distorsionar su imagen, subvertirla,
que la de, sin pudor, romper en llanto.**

**¿Mentir? ¿Y para qué? Soy un guerrero
que, al chocar de los ímpetus,
se sabe desarmado en medio de la guerra,**

**más mudo que el silencio,
con pólvora feroz que husmea cataclismos,
pero que se halla humedecida
por la incertidumbre,
la apatía,
o por el lagrimear clandestino
de su propia impotencia.**

**Mi pasión no claudica.
Atrás de mis palabras
oculto todavía un arsenal
de imprevisibles armas.
Mi cuerpo, transformado
en torbellino de órganos internos,
no da el brazo, ni el sueño,
ni el ideal a torcer.
Mi corazón convoca, voz en sangre,
a aquellos de mis músculos más aguerridos
a continuar la lucha,
teniendo como líder a mi puño.**

**En éste, mi final, llego con paso firme y el furor
destrutivo de siempre,
estando, como nunca, en pie de guerra
contra todos los monstruos o vestiglos
que, devorando mis alrededores,
poco a poco se acercan a mi cuerpo;
mas no quiero tener con la mentira
ninguna complacencia:
no puedo deshacerme del temor
de que a mis espaldas
mi sangre y mis neuronas
busquen firmar un armisticio sospechoso
entre mi corazón y mi cerebro.
MI sangre, mis neuronas.**

**Pero sé que esa conjura,
si se trama, jamás prosperará,**

**porque mi corazón
continúa siendo el soldado en llamas
que desde joven recibió
instrucción militar de sus ideales.**

**Sabedlo, pues: cuando llegue el reloj
(con puntualidad de destino)
a robarme la vida a mano armada,
me encontrará atareado,
haciendo una trinchera de mi lecho,
buscando tenazmente en mis pupilas
una mirada fija
en que instalar mi ausencia,
y con la mano alzada
–desfalleciente sí, mas indomable–
para empuñar el final grito de guerra
de mi último suspiro.**

Marzo 2010

INDICE

Un afan.....
Bajar de la torre.....
Yo, demiurgo del caos.....

***en poesia**